

Es lo que comprenden perfectamente las almas piadosas y muy instruidas en las cosas de religion. Saben ellas, por otra parte, que el Salvador mismo nos há próvenido que es necesaria aportar una grán perseverancia en la oración. Nos há enseñado esta verdad en muchas de sus parabras, entre otras, en la del hombre que no pudiendo obtener de su amigo lo que le pide, lo arranca por último por su importunidad ¹; y en la del juez infeco que acaba por hacer justicia á la viuda, tambien á causa de sus importunidades ². Del mismo modo, él mismo nos há dado el ejemplo de esta perseverancia, puesto que el Evangelio nos refiere que con frecuencia pasaba en oración noches enteras ³. Sus apóstoles, naturalmente, le imitaban, así cómo nos lo dice San Lucas, cuando nos refiere que particularmente ellos perseveraban en la oración con las mujeres, con María, madre de Jesus y sus hermanos ⁴, en el tiempo que encerrados en el cenaculo, esperaban la venida del Espiritu Santo.

A nuestra vez, imitémos á Nuestro Señor en su perseverancia en orar. No dudémos, por otra parte, que no sea él quien haya inspirado al oficial de nuestro Evangelio la perseverancia que admiramos en él, y que la Iglesia nos propone tambien como ejemplo. Perseverémos, pues, digo, en la oración, sin temor de sér defraudados en nuestras esperanzas. Dios, cierto es, no há dicho cuando nos atenderá en vuestras suplicas; pero él ha prometido hacerlo: *Todo lo que me pediráis que os dé, há dicho formalmente Nuestro Señor, creed que lo obtendréis* ⁵. Las dilaciones, pues, que Dios ponga en atendernos, no nos desesperarán por éso; redoblémos, por el contrario, nuestras instancias, acordandonos que es la constancia de vuestras suplicas quien las hará coronar.

Conclusion. Cristianos, el oficial de nuestro Evangelio nos enseña, pues, con su conducta la solicitud que los padres deben tener por la salud corporal y espiritual de sus hijos, y con más razon la

cesar de hacerlo nunca. (Luc. XVIII, 1.) (Hamon, Medit. martes de las rogativas, p. 3.)

1. Luc. XI, 5-10. — 2. Luc. XVIII, 2-8. — 3. Luc. VI, 12. — 4. Acta I, 14. — 5. Marc. XI, 14.

que todos los fieles deben tener por el buen estado de su alma; y, ademas, el medio de hacer eficaz esta solicitud, que es la perseverancia en la suplica. Muy instruido y muy practico, este ejemplo no podría dejar de producir en nosotros los más felices resultados, si tenemos cuidado de ponernoslo frecuentemente ante los ojos. Es lo que todos debemos hacer, á fin de que despues de haber empleado todos los medios que están á nuestro alcance para ásegurar la salvacion de los nuestros y la nuestra propia, Dios recompense la perseverancia de nuestros esfuerzos y de nuestras oraciones dandonos la vida eterna. Así séa.

VIGESIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

TERCERA INSTRUCCION

Nuestro Señor censura en el oficial de Cafarnaun el no créer más que si él vé milagros.

I. — No son necesarios nuevos milagros para créer. II — Sin embargo Dios no cesa de hacerlos por condescendencia á nuestra dureza.

Cuándo el oficial del cuál há hablado nuestro Evangelio se dirigió, de Cafarnaun á Canaán, en dónde se encontraba Jesus, para suplicarle que fuése á curar á su hijo que se moría, el Salvador habia yá realizado numerosos milagros y probado de diferentes maneras su divinidad. Tambien tenía un numero de discípulos bastante numeroso. No obstante, el oficial de que se trata no creía todavia que él fuése Dios; le consideraba solamente cómo un prófeta, por las manos de quien Dios se complacía en manifestar su poder. Y en esto se hacía evidentemente culpable de una incredulidad grave, rindiendo homenaje, por su gestion, al poder de Jesus. Es por esto que el Salvador, en lugar de ácordarle inmediatamente el objeto de su peticion, así cómo lo hacía generalmente, comenzó por dirigirle esta suáve reprehension: *Si vosotros no véis prodigios y*

milagros, no creéis. Pero movido á compasion á la vista de la dureza de este hombre para créer, todavia más que por la inminente muerte de su hijo, el Salvador no retardó el hacer el milagro que debia triunfar de su incredulidad, diciendole: *Marchad, vuestro hijo está curado.*

Semejantes á este oficial, demasiados cristianos, en nuestros días principalmente, no tienen más que una fé estremadamente imperfecta. Ellos tambien querrian, para créer, vér con sus ojos milagros y prodigios. Pero ellos no merecen menos que este oficial el sér reprendidos con fuerza por su préension, y la falta de que se hacen culpables en esto es tan grande cómo la suya. Es lo que resultará de nuestra conferencia de esta mañana, en la que me propongo háceros vér, en una primera reflexion, que no son necesarios nuevos milagros para créer; y en la segunda, que Dios no cesa, sin embargo, de hácerlos por condescendencia á nuestra dureza.

1. — *Nuevos milagros no son necesarios para créer.* Nadie duda que cuándo el Salvador comenzó á predicar su Evangelio, anunciándose cómo el Enviado celestial, haya sido necesario entonces que justificáse con milagros su mision. Sí, era necesario que ciertos signos hiciésen vér en él al Mesias prometido y esperado; de otro modo, cualquier impostor hubiera podido dárselo por el Mesias, y hubiera sido imposible á los hombres el distinguir el verdadero de los falsos. Era préciso, además, que estos signos característicos del Mesias fuésen milagros, conforme á lo que había sido anunciado por los profetas, que sería por milagros cómo el Mesias se manifestaría en la tierra. Los milagros habian sido, por otra parte, élegidos por la sabiduria éterna, para sér los signos del Mesias, porque ellos son la obra propia de Dios, no pudiendo sér hechos más que por él solo. Aquel, pues, que vendría, haciendo milagros por su propio poder, es el que sería el Mesias. Y Jesus habia précisément hecho los milagros por su propio poder, y más de una véz él los habia espresamente dado cómo siendo los signos de su mision ¹. Así no

1. Joan, x, 37; xv, 24.

censura de ningún modo al oficial de Cafarnaun el no querer créer en él más que por los milagros. Lo que le reprocha, es el no créer todavia en él, á pesar de las pruebas que habia dado de su divinidad, y que hubieran debido sér muy suficientes para un espíritu recto y sin préocupaciones; es, en otros terminos, no querer créer en él, más que si veía con sus propios ojos los milagros de Jesus. Tal fué la falta de este oficial: ¿Había necesidad, en efecto, de que él viése personalmente los milagros de Jesus? » No oía su publicidad estenderse por toda la comarca? » No estaba rodeado de los que habian sido objeto de ellos? No podia dudar de su réalidad, tampoco dudaba de ellos. Era el conocimiento que tenía de las curaciones hechas por el divino Salvador, que le inspiraba la confianza de acudir á él á pedirle todavia una más. Y á pesar de esta persuasión, su fé permanecía languida é incierta. El conocia las obras de Jesus; ignoraba cuál éra el éjecutor. El veía los efectos; no se remontaba al principio. El juzgaba tambien que el que hacia tan grandes cosas éra un hombre extraordinario, á quién Dios habia dado un gran poder; pero no sabia todavia, ó por lo menos vacilaba en créer que fuése el Mesias prometido á Israel ². Todavía una véz añadamos, que esta fué la falta de este oficial ³.

1. La Luz. Expl. de los Evang. 20, dom. despues de Pentecostes.

2. *Dicit ergo Jesus ad eum: Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.* Toletus hic dubium movet, cur scilicet benignissimus Salvator hunc regulum increparit, eo quod, priusquam in ipsum crederet, miracula ab ipso requisierit; cum tamen ipsemet dixerit: *Si non facio opera Patris mei, nolite mihi credere;* Joan. x, 17; et iterum: *Si non venissem et opera non fecissem, que nemo alius fecit peccatum non haberent.* Joan. xv, 24. Prophetae quoque Messiam miracula patraturum esse prædixerant; sic Isaie xxxv, 4, ait: *Veniet et salvabit nos, tunc aperientur oculi cæcorum, adeoque nullum videtur motivum, regulum miracula poscentem, reprehendendi.* Respondet tamen populum Hebræum sine miraculorum testimonio, in Christum credere volentem, pluribus modis peccasse: primo, quia indubitatum jam audiverat præcursoris testimonium, qui ipsum illis digito monstravit; secundo, quia ejus prædicatio ad hoc lumen et notitiam iis communicandam sufficiens erat, hæc enim ab auribus ad

Pués bien, tal es todavía, hémos dicho, la falta de un gran número de cristianos de nuestros días. Para créer, les sería necesario ver tambien por sí mismos, dicen, milagros y prodigios. Ay! que certeza más grande con nuevos milagros podría darseles, concerniente á los misterios y á las verdades de nuestra santa religion? Yá había bastantes milagros para créer cuándo el oficial de nuestro Evangelio fué al encuentro de Jesus; cuál no es la exigencia intolerable de los que los piden hay todavía, despues de todos los que el Salvador há réalizado hasta su muerte, y despues de su muerte hasta su Ascension? Cuando un hecho há sido establecido de una manera absolutamente indeneable por todo un pueblo y por toda una generacion, hasta el punto que los testigos de este hecho todos hán dado su vida para dar testimonio, es necesario comenzar á establecerlo, del mismo modo, para todos los pueblos y para todas las generaciones? ¿Una pretension semejante es admisible? ¿Los que la formulan exigen, pués, que comience tambien á probarse á cada pueblo y á cada generacion la

corda usque penetrabat: *Declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis*; Ps. xxviii, 10; ideoque multi etiam fuere conversi. Sic Samaritani, nullis visis miraculis crediderunt; scribe quoque et pharisei sanctum Joannem, promissum in lege Messiam esse existimabant, tametsi nulle in eo miracula vidissent. Sanctus Thomas quoque idem movet dubium, scilicet regulum signa petentem reprehensibilem minime videri: *Nam fides per signa probatur*. Respondet autem per differentiam quandam, que est inter fideles et infideles, quando ad fidem trahendi sunt; infideles enim per Scripturæ auctoritatem convinci non possunt, quia illam non admittunt, multo minus per rationes naturales, cum fides nostra superior sit quavis ratione, omnemque superet naturam, ac proinde per miracula sua adducendi; unde dicitur: *Signa data sunt infidelibus*; fideles autem ut credant indubitata sacra Scripturæ veritati acquiescere debent; hæc enim ad illos convincendos sufficit, nec aliud requiritur; demum vero ad hæc regulum descendens, subiungit: « In hoc ergo regulus redarguitur, qui cum esset nutritus inter Judeos, et de lege instructus, non per Scripturæ auctoritatem, sed per signa credere volebat. » (MANSI, *Ærar. Evang. dom. 20. post Pentec.*).

existencia de Cesar ó de Mahoma, para que sea razonable créer? No se atreverían, por temor de pasar, con razon, por locos, por cabezas mal équilibradas y descompuestas. Qué esen, pués, de mostrarse más exigentes en lo que concierne á Nuestro Señor Jesucristo 1. Tenemos tambien, por todos los hechos que se

1. Cuántos no hay entre nosotros á quiénes podría aplicarse la censura que hace aquí el divino Salvador: *Si no véis milagros, vosotros no creéis?* En primer lugar, entre los incrédulos, los hay que pretenden que un milagro nó puede sér creído más que de los que lo ven. Los testimonios humanos, dicen, nó pueden nunca formar más que pruebas morales; y cómo las pruebas del orden moral pueden establecer hechos que repugnan al orden físico? De una parte, las pruebas deben ser del mismo genero que las verdades que demuestran; de otra parte, ellas nó deben sér de un orden inferior; cómo la certidumbre moral está por debajo de la certidumbre física. Yo estoy seguro físicamente que el milagro no existe: no tengo más que razones morales para créer que existe: yo nó debo, pues, prestarle fé. — Todos los principios sobre los cuáles está fundada esta dificultad, son de una falsedad manifiesta. No es verdad, ni que los hechos milagrosos repugnan al orden físico, de suerte que se esté físicamente cierto que ellos no son verdad; ni que las pruebas de una verdad deban sér del mismo genero que ella; ni que la certidumbre moral sea inferior á la certidumbre física. — 1.º El incrédulo confunde artificialmente cosas absolutamente diferentes; la contrariedad en el orden general y la repugancia en el orden físico; la impotencia de la marcha de la naturaleza para producir un hecho, y la imposibilidad absoluta de este hecho. El que há dictado leyes á la naturaleza, há tenido seguramente el poder para poner derogaciones y escepciones. Aquellos mismos de los incrédulos que proponen la dificultad actual están obligados á convenir; puesto que ellos confiesan que créeran en un milagro del cual tuvieran la prueba física, y fueran testigos. La posibilidad del milagro reconocida, cómo se puede avanzar que él repugne al orden físico? Cómo, porqué no se le há visto, pedése pretender seguro de su falsedad? Hacemos á los incrédulos, con mucha más justicia y fuerza, el razonamiento contrario: está en el poder de Dios el hacer milagros: luego los milagros no repugnan; luego no se puede tener la certidumbre de que un milagro no há sido hecho, únicamente porque no se há sido testigo de él. — 2.º Es una asercion estraña la de preténder que una

refieren á su sagrada persona garantías de certeza que ningún hecho humano puede lisonjearse de poseer. Ningun hecho humano,

verdad no puede ser creída más que por las pruebas del mismo orden que ellas. ¿Sobre qué los tribunales juzgan las causas criminales? Sobre qué los incrédulos mismos creen los hechos de la historia antigua? No son hechos físicos? Y hay otra cosa que testimonios humanos por pruebas? Un eclipse no es tambien un fenomeno físico? Y, sin embargo, los calculos que lo hacen anunciar con certeza, son del orden matematico. — 3.º Es contrarió á la verdad, y desmentido por la experiencia, que la certeza moral sea menor que la certeza física. Los incrédulos dudan más sobre la existencia de las ciudades de Constantinopla ó de Pekin, que las de los lugares en dónde residen? Están menos persuadidos de la realidad de las batallas de Farsalia ó de Accio que de los sucesos que tienen ante la vista? Que nos digan que los hechos presentes hieren más vivamente que los que son referidos; nosotros lo creéremos sin trabajo; pero no es preciso confundir la impresion que hace un suceso, con la persuasion. Que nos digan, además, que para formar una certeza moral, es preciso un concurso de más circunstancias, que para formar la certidumbre física: todavía convendríamos en ello; pero cuándo estas circunstancias están reunidas, la certeza que de ello resulta es tan fuerte, escluye tan absolutamente toda duda, cómo la certidumbre física. Que nos digan, por ultimo, que para creer un hecho milagroso, es necesario más precauciones que para creer un hecho natural; y que más se aleja del orden general, más, antes de prestarle fe, se debe atender á las circunstancias: nosotros les concederemos esta asercion todavía; pero no habrán nada adelantado. Cuando todas las precauciones tomadas, cuando la circunspeccion la más completa llevada en el examen, el hecho milagroso está comprobado, debe él ser creído tan por completo cómo el hecho natural. — No cesaremos, pues, de repetirlo á los incrédulos. Es en vano que para comover la fé en los milagros, se esfuerzen en oponer á la certidumbre moral que lo establece victoriosamente, la certidumbre física. Todo lo que puede garantírnos la certeza física, es que, según la marcha general de la naturaleza, un milagro no puede tener lugar. Lo que nos presenta de su lado la certeza moral, es que, fuera del curso de la naturaleza, por una escepcion á esta marcha generalmente regular, por el poder de Aquel que, habiendo dado leyes á la naturaleza, tiene el poder de cambiarlas y de suspenderlas, el mila-

en efecto, há sido examinado cómo lo han sido la vida, obras y enseñanzas del Salvador. Creer ó rechazar los hechos de tal ó

gro há sido hecho. Qué contradición se encuentra entre estas dos cosas? No pueden ser verdad ambas? No es posible á la vez, ya que un fenomeno esté por encima de las fuerzas de la naturaleza, ya que sea producido por un poder superior al de la naturaleza? — En ségundo lugar, además de estos incrédulos, hay otra clase de hombres á quienes se puede, con gran verdad, aplicar la censura del Salvador. Seria injusticia colocarles entre los incrédulos; pero es imposible colocarlos entre los fieles. No tienen ellos la detestable fuerza de rechazar enteramente la fé; sinó que no tienen tampoco el valor de abrazarla, no se atreven á examinar la revelacion, porque comprenden la necesidad que resultaria de reformar su conducta. Ellos no rechazan el ser cristianos, pero temen serlo. No son ni nuestros dogmas los que les repugnan, ni nuestros milagros los que les parecen mal probados. Es nuestra moral la que les asusta. Ellos afectan una suerte de neutralidad entre la fé y la incredulidad, y permanecen en el limite que separa la una de la otra. Para estar separados de este mortal letargo, estos mundanos tendrían necesidad de ser vivamente impresionados por la vista de algun prodigio. Economizandoles el trabajo del examen, que cuesta á su abandono, y asusta á sus pasiones, este espectáculo podría remover sus almas aletargadas, retirarlas de su culpable indeterminacion, y obligarlas á cargar el yugo del Señor, que tanto temen ahora. — En tercer lugar, hay todavía otra clase de personas á quienes convienen perfectamente las censuras del Salvador. Son los que tienen de las verdades santas la fé que Santiago llamó *una fé muerta*; *Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est.* Jac. II, 26. Ellos no las niegan; pero tampoco las practican. No dudan; pero son indiferentes. No rehúsan creer lo que la religion enseña, pero no hacen lo que ordena. Ellos tienen la creencia; pero la desmienten constantemente con sus obras: y quieren ser cristianos en la especulacion, con tal que en la practica se les deje ser infieles. Algo ahogada que esté esta fé, por los vicios y por los pecados á los cuales se les asocia, ella es susceptible de réanimarse por intervalos. Es un fuego que cubre una ceniza espesa, que, cuándo se la remueve, arroja ligeras llamas. Un suceso que hiera, una predicacion, una mision, un jubileo, réaniman en estos pecadores los sentimientos de religion que no están totalmente apagados. Present-

cuál personaje puramente humano no arrastra en suma, para sus contemporáneos y principalmente para la posteridad, ninguna

tábles prodigios : un nuevo fervor los excitará, por lo ménos durante el tiempo que ellos lo verán; pero ¿y! quizás para aspirar al momento que ellos lo habrán perdido de vista. Así, vemos el pueblo judío, en el momento éra impresionado por los milagros de Jesucristo, arrebatado de celo por él; y en el instante siguiente, enfurecido contra él. Es una fé fria y dura, que, semejante al pedernal, no despidie chispas más que mientras que se le hiere. (La Luz. *Expl. de los Evang.*, 20, domin. despues de Pentecostes.) — Tantos milagros hán sido necesarios para establecer la religion cristiana, otros tantos son hoy necesarios para mantenerla. Querer dudar de ellos despues de esta nube de testimonios que nos la prueban, Hebr. xii, 1, es estar tan ciego cómo el que no véra la luz del sol en pleno mediodía; no podemos, pues, pedir nuevos milagros sin perjudicar á nuestra fé : y muy lejos de enfadarnos por no haber visto los que el Hijo de Dios há hecho, debemos saber que nada hémos perdido, puesto que él declara bienaventurados á los que creen sin haber visto. — Quién creería, sin embargo, que hay una infinidad de cristianos á quienes se podría decir : *Si no véis prodigios y milagros, vosotros no creéis?* Parece que los que hán sido hechos antiguamente, y que están tan lejanos de nosotros por la distancia de los lugares cómo [por la diferencia de los tiempos, no séan ya capaces de ejercer sobre ellos impresion alguna; querrian que se hiciése nuevos en su favor, ó por lo menos sér testigos de ellos Para hacerles creer, no es bastante que todo el mundo haya creído; y en lugar de que la fé es el fundamento de las cosas que se esperan y una prueba segura de lo que no se vé. Hebr. xi, 1, ellos quieren pruebas sensibles de la suya; y se imaginan que creerian mucho más y mejor lo que ellos hubieran visto con sus propios ojos, que lo que tienen por la autoridad de la Escritura. Y podemos asegurar que esta disposicion es la de los Judios mismos que pedian milagros : *Judæi signa petunt*, I. Cor. 1, 22, aunque nó pudiéser desear ni mayores, ni en mayor numero que los que el Hijo de Dios habia hecho en su presencia : « Porque, dice San Augustin, tr. 16 in Joan., ellos hán visto á Jæsus viviendo en el mundo, y haciendo una infinidad de milagros, haciendo vér á los ciegos, oyendo los sordos, hablando los mudos, andando los paraliticos, caminando sobre el mar, ordenando á los vientos y á las olas lo que su divina voluntad queria, devolviendo

consecuencia grave. Que Socrates, por éjemplo, haya sí o ò no condenado á beber la cicuta, esto importa poco á la humanidad. Pero no es lo mismo de lo que hace á Jesucristo. Créer en él es para todo hombre una cuestion gravísima; porque esta creéncia obliga á vivir de una cierta manera que es durísima para la naturaleza humana. Créer en Jesucristo no es solamente una cuestion gravísima; es la primera y la más grave de todas las cuestiones; es, hablando con propiedad, la sola cuestion seria que haya en este mundo, puesto que de ella depende la éternidad. Es, pues, cierto que los primeros que hán tenido que resolverla, no se hán decidido más que por pruebas absolutamente évidentes y decisivas.

la vida á los muertos; ellos lo hán visto, digo, haciendo todos estos prodigios, y ápena algunos hán creído en él. » Pero del mismo modo que el Salvador les dijo que no tendrían otros más que el del Profeta Jonas, cómo si les hubiéra dicho que éso solo debia bastarles : *Et signum non dabitur ei, nisi signum Jonæ prophætæ*, Mat. xii, 39 : asi no debemos esperar despues del milagro cuya figura fué Jonas, es decir, despues de la resurreccion de Jæsus, que es el milagro de los milagros, el fundamento de nuestra fé, el sosten de nuestra esperanza; si no creémos en éso, esperémosnos á sér reprobados como los Judios, y que los *Ninivitas se levantaron contra ellos, porque no hán creído en la palabra de Jonás, y que no hémos querido creer en los milagros* de él que es más grande que Jonás Mat. xii, 41. Los unicos que quedan por hacer, que son el final de todos los demás, y que debemos pedir á Dios, son los milagros que él debe hacer en nuestras almas por los cuales dá la vista á los ciegos, hace oír á los sordos, andar á los cojos, resucitar á los muertos. « Por avaro que seáis, os convertís en liberal, dice San Juan Crisostomo, hom. 13, in Mat., habéis curado una mano seca que no podia estenderse para dar la limosna. Si renunciáis al teatro para ir á las iglesias, habéis curado un cojo, y le hacéis andar recto. Si separais los ojos de los objetos peligrosos para no ver más que cosas castas, habéis dado la vista á un ciego. Si detestáis las cancioncs infames para no cantar en el porvenir más que canticos espirituales, habéis hecho hablar á un mudo. Hé ahí las maravillas que son verdaderamente estimables; hé ahí los milagros que os deséo. » Roguémos al Señor el hacerlos con nosotros. (Monmore). Hom. 20, dom. despues de Pentecostes.)

Cierto es que el más pequeño motivo de duda hubiéramos suspendido su fe; tanto más que se trataba entonces para ellos, no solamente de un genero de vida en oposicion con las inclinaciones de la naturaleza; no solamente de la eternidad que su alejamiento relativo hace siempre un poco menos sensible, sino de afrontar enseguida, para sostener esta fe, los tormentos los más crueles y la muerte la más horrible. En semejantes condiciones, no fué necesario que los milagros, que formaban precisamente la principal prueba de la religion nueva, fúesen de la más irresistible evidencia?

Y si los milagros han sido bastante numerosos y bastante probatorios, desde el origen de la Iglesia, para determinar la adhesión de los primeros fieles, á pesar de la perspectiva siempre proxima del martirio, repito, que nuevos milagros no son ya necesarios para hácernos creer á nuestra vez. Los que han bastado á nuestros padres en la fe deben bastarnos á nosotros mismos, y no se puede más que censurar sin reserva á los malos cristianos que quisieran, para creer, vérlas con sus ojos. A ejemplo del Salvador reprendiendo al oficial de Cafarnaun por su incredulidad, San Maximo censura á los cristianos de que se traba en estos terminos : « Sepámos, hermanos míos, dice, que es un gran peligro el discutir sobre la verdad de la religion, que vemos confirmada por la sangre de un tan gran numero de martires. Es un gran peligro, despues de los oraculos de los profetas, despues del testimonio de los apóstoles, despues de los tormentos de los martires, el tener la presunción de discutir una fe antigua cómo si fuera nueva, de permanecer en el error despues de tantos ilustrados guias, de entregarse á ociosas disputas despues de tanta sangre derramada. Venerémos nuestra fe en la gloria de los santos martires. La fe catolica es la madre de los martires; es ella que tantos ilustres atletas han afirmado con su sangre, y despues con la muerte. Puesto que por ella han sufrido la muerte, han afirmado la esperanza en la inmortalidad, por que no hubieran nunca dado su vida con tanto valor, si no hubieran sabido que habia otra incomparablemente más dichosa ¹. »

1. Cita lo por Marchant, *Ration. Prædic.* 20 domin. despues de Pentecostes-

Para nosotros, muy lejos de pedir tambien, para creer, nuevos milagros, imitémos antes bien la admirable conducta del rey San Luis, del cual se refiere el siguiente rasgo. Mientras que un sacerdote celebraba un dia la misa en la Santa Capilla, en Paris, el Salvador se dejó ver entre sus manos, en el sitio de la hostia consagrada, bajo la figura de un bellissimo niño. Y el ruido de este milagro habiendose estendido instantáneamente por la vecindad, muchísimos acudieron para contemplarle. Fueron á decirselo al rey. Pero este respondió : « Qué vaya á verlo el que no tenga fé. En cuánto á mi, yo creí más firmemente en la presencia de mi Dios en la santísima Eucaristia, por su palabra, que si lo viéramos con los ojos de mi cuerpo. » Y efectivamente, él no fué á ver la milagrosa aparición. Qué fé tan admirable! No es á este piadoso monarca que Nuestro Señor hubiéramos dicho : *Si no veis prodigios y milagros, vosotros no creéis*. Pero cómo son raros, los cristianos cuya fé se asemeje á la de San Luis! Es porqué, nuevos milagros no son ya necesarios para creer, así cómo acabamos de verlo.

II. — *Dios sin embargo no cesa de hacerlos por condescendencia á nuestra dureza.* — Es lo que aparece en el Evangelio mismo de este dia. Cuándo sucedió el hecho que há referido, habia bastantes milagros para que fuésemos un deber, para todo espíritu recto y sincero, el abrazar la fe de Jesucristo, el tenerle por el Mesias y el Hijo unico del verdadero Dios. Ya, efectivamente, este nombre de Hijo muy amado de Dios le habia sido dado por una voz bajada del cielo, en el momento en que San Juan acaba de bautizarle en el Jordan, y al mismo tiempo que el Espíritu Santo se habia dejado ver sobre su cabeza bajo la forma de una paloma ¹. Ya habia, en las bodas de Canaán, cambiado el agua en vino, y este milagro habia bastado á sus primeros discipulos para creer en él ². Ya habia instantáneamente curado, en Cafarnaun, á la cuñada de San Pedro, enferma de fiebre violenta ³. Ya, en diferentes lugares, habia curado un gran numero de otros enfermos, lanzado muchos

1. Mat. iii, 16 y 17. — 2. Joan. ii, 1-11. — 3. Luc. iv, 39.

demonios del cuerpo de los poseídos y realizado otros muchos prodigios. Así sus discípulos se habían sensiblemente multiplicado, y los tenía hasta en Samaria, en dónde, sin embargo, no había él hecho milagros ¹. Fué, pues, con razon, que reprendió al oficial por no créer todavía en él, y de tener necesidad de que hiciése nuevos milagros para reconocer en su persona al Mesías. No obstante, despues de haberle dirigido esta reprension, quiso tambien, por compasion por la dureza de su corazon, réalizar un milagro mayor que el que le había pedido, curando á su hijo sin ir cerca de él, sino desde allí en dónde se encontraba, y en el mismo instante; lo que era la prueba ínegable de que su poder se egercia por todas partes, y que, por consiguiente, era Dios, puesto que no hay más que Dios cuyo poder no conozca limites ni distancias.

Y lo que Dios hace por el oficial de Cafarnaun, há continuado haciendolo para todas las generaciones que se han sucedido desde áquel tiempo. Es así que despues que el Salvador ascendió al cielo, los apóstoles, investidos del poder divino, pudieron apoyar su predicacion con numerosos milagros que ellos réalizaron, y de los cuáles el primero fué la curacion del cojo en la puerta del templo ². La era de las persecuciones que siguió á la era apóstolica, fué ilustrada por milagros sin numero. Los siglos de paz que vienen enseguida, tuvieron tambien sus milagros. Ciertamente, que no emprenderé la tarea de hablarlos de ellos en detalle; pero puedo, por lo ménos, afirmar que no hay época en la que no se haya réalizado esta palabra que había dicho el Salvador á sus apóstoles, que los que créerian en él harian tambien más grandes que él ³. Se puede léer, en particular, para convencerse, los innumerables hechos milagrosos referidos por San Atanasio en la vida de San Antonio; por San Gregorio de Niza en la vida de San Gregorio Thaumaturgo; por San Agustin en su libro de la *Ciudad de Dios*; por Sulpicio Severo en la vida de San Martin; por San Gregorio el Grande en sus *Dialogos*, y por una multitud de otros escritores á

1. Joan. iv, 39-42.

2. Act. iii, 7. — 3. Joan, xiv, 12.

quiénes no se puede razonablemente rehúsar fé, tánto á causa de la excelencia de su virtud, cómo á causa del poder de su espíritu, de sus conocimientos y de la séguridad de su juicio.

Qué dirémos de nuestro propio siglo? Há sido ménos favorecido, bajo este concepto, que los que le han précedido? Nó séguramente: podría decirse tambien de él lo que el grán sacerdote Joáb decia del suyo.

Ay! que tiempo hubo jamás más fertil en milagros ¹? No recordando más que los principales, preciso es citar, por lo ménos, la revelacion de la medalla milagrosa, hecha á una religiosa de la Congregacion de las Hijas de la Caridad, y que há sido despues la causa de tantos prodigios; muchas conversiones célebres que llevan claramente el signo del milagro, entre otras las del Padre Ratisbonne y la del Padre Hermann; las curas maravillosas logradas con las reliquias de Santa Filomena en la ciudad de Ars, en dónde éra cura el celebre Viannay, hoy béatificado; por ultimo y sobre todo, las apariciones de la Santísima Virgen en las montañas de la Saleta, en Lourdes y en Pontmartin, séguidas en estos mismos lugares de prodigios sin numero.

Conclusion. — Hé ahí cómo Dios se apiada de nosotros; hé ahí cómo condesciende con la dureza de nuestros corazones; hé ahí cómo, despues de haber hecho, al principio milagros muy suficientes para probar la divinidad de la religion cristiana, los há réalizados hasta ante nuestra vista para confirmar los de los tiempos pasados. Pero si la sola curacion milagrosa de su hijo fué suficiente para hacer créer firmemente al oficial de Cafarnaun en Jesus, no séamos, por lo ménos más incrédulos todavía que él. Despues de todos los milagros réalizados en torno nuestro, y en cierto modo, cómo acabo de decirlo, ante nuestra vista, ó seguramente á presencia de una multitud de contemporanéos nuestros, que nuestra fé se réanime; que deje de sér languida, cómo ella lo há sido demasiado hasta este momento; de otro modo, serémos completamente

1. Racine, *Atalia*, act. 1, escena 1.

inexcusables 1. Ay! ágradecemos á Jesus por todas las pruebas

1. *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.* Merito nobis terrorem injicere deberet responsio illa Domini, qua regulo in hodierno Evangelio exprobrat incredulitatem signa desiderandi. Si enim reprehenderit, qui forte signum non vidit, quomodo non reprehenderit, qui postquam viderit signa, adhuc tamen noluit credere, vel saltem aliter vivunt quam credunt! Nos certe dicere non possumus, quod signa non viderimus, qui magnum illud signum conversionis mundi videmus et palpamus. Unde si forte nostrum quis signum aliquod peteret; merito audiret id quod pharisæi, Matth. xii, desiderantes signum videre: *Generatio mala et adultera signum querit, et signum non dabitur ei nisi signum Jonæ prophætæ.* Signum condemnationis, ut vult Maldonatus, quia tot visis signis non crediderunt. Unde subdit Dominus: *Viri Ninivite surgent in judicio cum generatione ista et condemnabunt eam, quia penitentiam egerunt in prædicatione Jonæ, et ecce plus quam Jonas hic.* Etenim Ninivite crediderunt Jonæ prophætæ licet ignoto, postquam unius diei iter in civitate progressus esset prædicando. Mox enim ubi: *Pervenit verbum ad aures regis, omnes induti sunt sacco et jejunaverunt,* etc. Multo majus signum est conversio mundi facta per apostolos et eorum successores. Nam post quadraginta annos jam exiverat sonus eorum in omnem terram, teste apostolo ad Rom. x. et post trecentos annos, cum pervenit verbum ad imperatorem Constantinum, ipse primus Christum induit et post eum Romanum imperium ac paulatim universus orbis: hoc vere miraculorum maximum est, quod incredulos in die illa condemnabit. Surgent Ninivite; surget orbis totus christianus et illos accusabit, quod tam stupenda orbis conversione visa et palpata ipsi vero non crediderint vel non ita vixerint, sicut fides præcipit. Quantum igitur prodigium sit mundi conversio, videamus. — I. Miraculum, idololatriæ eversio, quæ per tot sæcula in orbem diffusa erat et altissimas radices egerat, quæ a tot principibus et monarchis gladio, a tot argutissimis philosophicis rationibus mordicus defendebatur, et carni, cui omnem licentiam permittebat, et frænum laxabat viliis quibuscumque, tam accepta erat... — II. Prædicatio mira apostolorum paucorum, ignobilium, rudium. Non enim plures quam duodecim numero, pauperes, ignobiles, infacundi, mendici, mundum converterunt, intra annos quadraginta saltem ita, ut per orbem totum jam audiretur Christus et religio christiana. Solent oratores qui a regibus mittuntur ad alios reges, eligi facundissimi,

milagrosas que se digna darnos sin cesar de la verdad de su santa religion, y creamos en todas sus enseñanzas con una fé entera y

sapientissimi, nobiles, qui facile persuadeant: sed hic Deus convertit oratores per piscatores, non contra... — III. Doctrinæ difficultas: ac primo, quoad intellectum. Proponebant imprimis apostoli SS. Trinitatis mysterium, intellectu difficillimum, quod scilicet in deitate tres sint distinctæ Personæ, quarum unaquæque verus sit Deus, et tamen tres dii non sint sed unicus. Docebant unam ex his, Filium scilicet, factum hominem, non reliquisse quod erat, sed assumpsisse quod non erat, atque ita Deum simul et hominem esse, qui tametsi a Judeis crucifixus cum latronibus et necatus esset, eum tamen interim cœli terræque Dominum verum fuisse et cursum solis, lunæ et stellarum direxisse, mundique molem sustinuisse. Dicebant corporum resurrectionem futuram, et carnes etiam devoratas ac combustas redintegrandas. Prædicabant deos jam a tot sæculis ab universo orbe cultos, non deos sed dæmonia esse, et persuadebant illis ignotum Deum: *Prædicamus Christum crucifixum,* ait Apostolus, I. Cor. i, *Judeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam, ipsis autem vocatis Judeis atque Græcis, Christum Dei virtutem et Dei sapientiam.* Senatus olim Romanus plebem metu adegit, ut Romulum deum fateretur: Alexander M. cum adorari voluit, tunc primum exercitus ejus seditionem movit, et domestici ejus verbera potius passi sunt, quam ut illum adorarent: Caligulam, Domitianum, Heliogabulum et cæteros qui divinos sibi honores arrogabant, dum vixerunt, populus risit: mortuorumque, divina scilicet, cadavera (hominem quippe, nedum cœlo indigna) non secus ac canum ad scalas Gemonias traxit, refert Maiol. tom. III, canic. coll. xi; at vero crucifixum Christum, ne homines Deum proclamarent, et ut talem colerent, nullis adigi tormentis potuerunt. In miraculum! Secundo, quoad voluntatem proponentibus magis ardua quam blanda: vitanda scilicet vitia turpitudinesque vero castitatem, sobrietatem, temperantiam dicebant, meliorem esse paupertatem opibus, humilitatem honoribus, obedientiam et subjectionem libertate. Monstrabant genus vitæ, quæ continua erux erat, carnisque et omnium appetituum mortificatio. Et hæc non homines tantum plebei et vulgares, sed etiam sapientes, philosophi et reges credebant atque complectebantur. Non igitur hoc grande miraculum?... — IV. Constantia credentium. Ridebant minas et supplicia non viri tantum, sed pueri et feminae, qui naturali fortitudine præditi non sunt; interim

síncera. Y porque la fé es la raíz de la salvacion, desenhvámosla y fortifiquémosla sín cesar, á fin de hacerla producir para nosotros su fruto, que es la vida éterna ¹. Así sea.

VIGESIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTÉS.

CUARTA INSTRUCCION

Después de la curación de su hijo, el oficial de Cafarnaun es el apóstol y el modelo de su familia.

I. Necesidad, para los padres, de instruir á sus hijos. — II. Necesidad de darles buenos ejemplos.

Qué el oficial de nuestro Evangelio, habiendo sabido que el Salvador se encontraba en Canaán, ciudad distante ocho ó diez leguas

hilares et læti in carceres et supplicia iverunt ac jugulum præbuerunt, quas non ad supplicium, sed ad convivium itarent... — V. Mutatio morum in hominibus : qui ante perversissimi et omnibus vitiiis, quæ secum trahit idololatria, dediti, postea facti sunt sanctissimi, adeoque prope modum e diabolis angeli... Vidimus, auditores, vidimus miracula, quæ in fidei propagatione sole clarius elucet. Sed jam alia non minus stupenda occurrunt miracula. Qualia vero illa ? Primum, quod aliqui reperiantur, qui a fide tantis miraculis plantata recedere et ad novas sectas deflectere non dubitarint : secundum, quod christiani aliqui, postquam cernunt fidem tam mira Dei dextera propagatam adhuc audeant fidei suæ tam dissonam agere vitam; quod ita vivant, quasi Deus non esset, nec ulla meritorem retributio. Vereor itaque ne isti aliquando condemnentur in die illa vel a Ninivitis, qui homini peregrino et ignoto tam prompte obsecuti sunt, et vitam emendarunt. Quod tamen a nobis avertere velit Deus (Faber, *Op. conc. dom. 20. post Pent. conc. 7*).

1. Qui non credit, jam judicatus est, quia non credit in nomine unigeniti Filii Dei (Joan. III, 19). — Qui credit in Filium, habet vitam æternam; qui autem incredulus est, non videbit vitam, sed ira Dei manet super eum (*Ibid.* 36).

de Cafarnaun, en donde el habitaba, haya ido á pedirle la curación de su hijo, que estaba en la agonía, es seguramente el acto de un padre cariñoso y apasionado; sin embargo, no hay en esto nada de muy extraordinario, hay pocos padres que no se impusieran semejante gestión en la esperanza de volver la salud á un hijo gravemente enfermo. Lo que merece fijar más nuestra atención, es la conducta de este mismo oficial, después que obtuvo del Salvador la curación de su hijo. En presencia del milagro de esta cura, no solamente creyó él mismo en la divinidad de Jesus, sino que hizo creer también á todos los de su casa. Es, pues, este oficial, considerado cómo apóstol y modelo de su familia, que yo invito á contemplar en esta mañana. Su conducta enseñará á los padres, en particular, dos cosas, á saber: la primera la necesidad en que ellos están de instruir á sus hijos; la segunda, el deber que les incumbe de darles también buenos ejemplos ¹.

1. — Necesidad, para los padres, de instruir á sus hijos. ¿ Qué es lo que determinó al oficial de Cafarnaun á creer en Jesus? Fué la cura milagrosa de su hijo. Hasta entonces, su fé habia sido vacilante y perpleja. Pero después que hubo interrogado á sus servidores por la hora en la que su hijo habiase encontrado mejor, y que hubo adquirido la conviccion que era Jesus quién lo habia curado, desde entonces toda incertidumbre desapareció de su espíritu, y creyó en él ².

1. *Credidit ipse, et domus ejus tota.* Potest exempli boni efficacia demonstrari, ex reguli hujus facti; qui quia credidit in Christum, mox etiam tota domus credidit. Ostendatur ergo, quomodo quisvis paterfamilias, si domesticos in oratione devotos, in labore impigros, in moribus obsequentes habere voluerit, id melius, citiusque obtinere non possit, quam si exemplo præerat, (Lohner, *Biblioth. Index conc. dom. 20.* después de Pentecostes).

2. *Credidit ergo regulus sermoni Jesu, non tamen integre, neque sane, quod ostenditur ex hoc quod sequitur.* Nam eo descendente de Cana Galilææ in Capharnaum, que magis est in valle, cum servi sibi occurrerent et congaudendo filium suum sanatum nuntiarent, interrogabat horam ab eis, in quæ melius habuerit. Quod fecit ad certificationem miraculi respectu sui, volebat enim scire utrum casu hoc factum esset, vel ex

Pero al mismo tiempo que él creyó en Jesús, comprendió las obligaciones que le imponía su fe. Estas obligaciones, eran ante todo de instruir á los miembros de su familia de lo que él sabia de Jesús, á fin de que ellos creyésen como él. El reconocimiento le hacia de ello un deber; porque puesto que Jesús habíase dignado hacer un milagro para volver la salud á su hijo, éra justo que él se empléase en ganarle discípulos y ádora lores. El interés que él llevaba por los suyos no éra una pequeña razon para que les instruyése en la divinidad de Jesús; porque desde entonces que Jesús era Dios, era de su conocimiento que dependia su salvacion éterna; y si habia mostrado diligéncia para hacer conservar á su hijo la vida del tiempo, que diligéncia más grande no debió mostrar para procurar á toda su familia la vida éterna !

præcepto Christi. *Et dixerunt ei : Quia heri hora septima reliquit eum febris.* Ubi Chrysostomus : « Vide qualiter miraculum manifestum est. Non enim simpliciter, neque ut contigit a periculo erutus est; sed repente et simul, ut appareat non esse ex natura consequentia quod fiebat, sed ex actione Christi. » Unde sequitur : *Cognovit ergo pater quia illi hora erat in qua dixit ei Jesus, auctor salutis : Filius tuus vivit, et quod in hora verbi Domini sanatus esset, et credidit ipse et domus, id est, familia ejus tota.* Et hæc est conclusio intenta, ad hoc enim factum est istud miraculum, ut regulus cum familia sua crederet in Christum; et ex tunc perfectus in fine fuit, quia perfecte credidit (Ludow. *Vita D-N. J.-C.* t. p. e. 63, n. 3).

1. *Et domus ejus tota.* Ecce quantum, bonum capitis exemplum, emolumentum creet, quantamque bona patrisfamilias opera consequentiam secum inducant; nam sanctus Hieronymus ait in lxx. Isa : « Regulus non solum filii, sed universæ domus sue reperit sanitatem, vide, quanti referat majorum fides cum bonis conjuncta moribus, inferiores enim eos facile sequuntur. » Lucas Burgensis ex dignitate et imperio, quod regulus in civitate adeo insignem obtinebat, ipsam quoque copiosam refert habuisse familiam : « Familiam ejus frequentem ac numerosam fuisse haud dubium est, utpote hominis opulenti, et magistratu fungentis, constantem in servis et ancillis plurimis præter uxorem et liberos, » motivum vero, cur hi omnes jugo se legis Evangelicæ subjecerint, sequæ Christi loquelæ manciparint, bonum heri exemplum fuisse dicit :

Es en esto, en primer lugar, que el oficial de nuestro Evangelio es para los padres un admirable modelo, porque todos deben, cómo él, instruir á sus hijos en la religion. « La sola naturaleza se los prescribe. En efecto, al darles la vida, ellos se han obligado á hacerles tan felices cómo sea posible. Y la instruccion religiosa, que enseña á moderar sus pasiones y á reprimir sus malos instintos, es, áun considerada bajo el solo punto de vista humano, uno de los más eficaces medios para conseguir la felicidad.

Pero la voz de la religion es más positiva todavia que la de la naturaleza. *Vosotros tenéis hijos, dice ella, instruídeslos* ¹. « Padres; intruid á vuestros hijos en el Señor; enseñádes la palabra de Dios, observád con ellos una disciplina severa, *verberibus et fustibus comprimite*; vigilád átentamente sobre ellos; desde su infancia familiarizados con las Santas Escrituras ² ». Y este precepto es singularmente solemne, cuándo sabemos que los niños tienen un alma inmortal, que están destinados á conocer y á servir á Dios aqui bajo, y á gozar de él durante toda la eternidad, lo que no puede hacerse más que por la instruccion religiosa. Añadid á esto que la ignorancia religiosa, privandoles de una felicidad éterna, los conduce forzosamente á una desgracia éterna. No instruir á vuestros hijos en la religion, padres, sería faltar á la voz á Dios y á vuestros hijos, y á vosotros mismos. A Dios, que no os los há dado, más que para que hiciéseis de ellos unos santos, que cantásen su gloria durante toda la eternidad. A vuestros hijos, que vuestra perzeza ó por lo ménos vuestra negligéncia sumergierá en una irreparable angustia. A vosotros mismos, por fin, que seriais los primeros en sufrir sus desbordamientos, consecuencia necesaria de su ignorancia.

En todos tiempos, los padres han tenido el deber rigoroso de instruir á los hijos en los principios cristianos. Sin embargo, su negligéncia en este punto hubiése tenido ménos graves consecuen-

¹ *« Crediderunt, inquit, persuasione atque exemplo heri. »* (Mansi, *Ænarium Evang.* dom. 29. post Pentec.).

² *Eccl. vii, 25; — 2. Constit. apost. c. 10.*

cias en épocas de fé. Entonces el niño tomaba puesto en una sociedad que no era más que centro de religion. La politica, la enseñanza publica, las ciencias, las artes, todo se movia bajo el impulso del Cristianismo. El niño encontraba, pues, en el medio social en que estaba lanzado una influencia irresistible que le impregnaba de la fé universal. En cualquier carrera que entráse, que fuése obrero ó paisano, magistrado, comerciante ó soldado, todo lo que veía ú oía, en las escuelas, en el foro, en el teatro, así cómo bajo las bóvedas de las catedrales, le enseñaba el dogma y le empujaba á convertirse en un miembro activo, convencido, celoso, en la gran republica cristiana. Pero hoy, padres cristianos, ¿ en dónde será enseñada á vuestros hijos, la ciencia necesaria de la religion? La sociedad está secularizada, es decir, que la religion está de ella, en cierto modo, oficialmente proscrita. Las escuelas, hablo principalmente de las del Estado, no dán ya más que una enseñanza fuera de todo principio religioso. Las artes y la literatura son más paganas que cristianas. Los diarios son cómo tribunas de impiedad. ¿ En dónde, pues, una vez todavía, vuestros hijos aprenderán á conocer las verdades y los deberes de la religion, si no es en vuestra casa?

Buenas madres, yo os ámonesto, pues, para que hagáis conocer á Dios á vuestros hijos, y gravéis en sus juvenes y tiernos corazon su amor y su temor. Ay! lejos de vosotras las maximas ímpías del siglo, que querrian que no se habláse nunca de Dios á los niños! Seguid antes bien el ejemplo de la madre admirable de los Machabéos, y desde la cuna, repetid sin cesar á vuestras hijos muy queridos: *Hijo mio, vuestra madre os lo pide, levantad vuestras miradas hacia el Cielo* 1. Juntad sus manecitas con las vuestras, hacédes recitar oraciones cortas, y que el primer acto de amor de su corazon suba hacia Dios. Más tarde, cuándo el tiempo de frecuentar nuestras instituciones llegue, vigilad para que aprendan su catecismo; hacédselo recitar, asistid vosotras mismas á vuestras lecciones; hacéid vosotras mismas que las repisen en casa; hacédes practicar las maximas cristianas; animádos con recompensas;

1. II. Mach. vii, 28.

asustádes tambien con ámenazas, suavizado todo esto con esa dulzura maternal que os es propia, y que hace infables par toda la vida las impresiones de la tierna edad que vienen de vosotras.

Para vosotros, respetables padres, unid vuestra solicitud á los cuidados de vuestras esposas y á nuestros propios esfuerzos; presad el apoyo de vuestra autoridad, corroborad por vuestras exortaciones personales nuestras enseñanzas; decid á vuestros hijos cómo Salomon: *Hijo mio, seguid mis consejos, y encerrad cuidadosamente mis preceptos en el fondo de vuestra alma; obedeced mis ordenes y vivireis; guardad la ley de Dios cómo la pupila de vuestro ojo, y grabádlo profundamente sobre las tablas de vuestro corazon* 1.

1. Prov. vii, 1-3. — P. d'Hauteville, *Grande Catecismo de la Preser christian*. 2º *Instruc. preliminar*. — El primer deber de un padre, es de instruir á su hijo en las cosas, y principalmente los cuatro principales misterios, á saber: 1º Que no hay más que un Dios, creador y dueño de todas las cosas; 2º que este Dios es remunerador, y que en la otra vida recompensa á los buenos con los gozes éternos del paraíso, y castiga á los malos precipitándolos en los infiernos; 3º el misterio de la Santísima Trinidad, es decir, que en Dios hay tres Personas, pero que estas tres Personas son un solo Dios, porque ellas tienen una sola y misma esencia; 4º el misterio de la Encarnacion del Verbo divino, Hijo de Dios y verdadero Dios, que se hizo hombre en el seno de Maria, sufrió y murió para salvarnos. Se encontrará quizás un padre, una Madre que dirá: Pero yo ignoro todas esas cosas. Mala excusa; porque ¿ cómo un pecado podría servir para excusar otro? Si ignorais estos misterios, debéis aprenderlos para enseñarlos enseguida á vuestros hijos; enviádos por lo ménos al catecismo. Qué desgracia, que tantos padres y madres no sepan instruir á sus hijos en las cosas las más necesarias, y que en lugar de enviarlos á la iglesia en los días de fiesta, los ocupen encosas de poca importancia, como llevar paquetes ó hacer otros encargos, hasta que llegando á la adolescencia, estos pobres niños nó saben tampoco lo que significan los nombres de pecado mortal, infierno y eternidad!. No saben tampoco el *Credo*, el *Padre nuestro*, el *Ave Maria*, oraciones que todo cristiano debe saber, bajo pena de pecado grave. — Los buenos padres no se contentan con enseñar á sus hijos estos principales artículos de la fé; les hacen recitar cada mañana los actos, al levanta-

Tál es, padres cristianos, el deber que os incumbe de instruir á vuestros hijos en la religion, y tál es, al mismo tiempo, la manera de la cuál podeis cumplirle. Pero no se ésa más que una parte de vuestras obligaciones morales hacia ellos. Ademas de la instruccion religiosa que los padres deben á sus hijos, hay para ellos en efecto,

tarse, á saber : el dar gracias á Dios por haberles conservado la vida; ofrecer á Dios todas las buenas obras que se harán durante el dia, todos los trabajos que se sufrirán; de suplicar á Jesucristo y á Maria que los preserve en este dia del pecado; y cada tarde, hacer el examen de conciencia, con el acto de contricion enseguida; durante el dia hacer actos cristianos de fé, de esperanza y de caridad; recitar el rosario; visitar el Santo Sacramento. Hay padres de familia que cada dia acostumbra hacer una media hora de oracion mental, ó que hacen leer un capitulo de algun libro de meditaciones. Es á lo que nos exorta el Espíritu Santo por estas palabras : *Instruides y sujetádes al yugo desde su infancia*, Eocl. vii, 25. Haced de suerte que, desde su más tierna infancia, contraigan buenos habitos, que puedan facilmente conservar en una edad más avanzada. Acostumbrádes á ir á confesarse frecuentemente y á comulgar cada ocho dias. Que comiencen á confesarse desde la edad de siete años, y que comulguen á los diez, como queria San Carlos Borromeo; y desde que lleguen á la edad de la razon, hacédes recibir el sacramento de la confirmacion. — Es utilissimo todavia insinuarles, desde temprano, en maximas sabias. Qué mal obran con sus hijos los padres que no los inician más que en las maximas del mundo! « Es esencial, les dicen, el hacerse saber estimar, no se debe dejar poner el pie en el cuello; Dios es misericordioso; hay pecados que perdona ». Desgraciado el joven que peca, como por principios y segun tales maximas! Los buenos tienen otra language. La reina Blanca, madre de San Luis, rey de Francia, le decía: « Hijo mio, preferiria mejor verte muerto, que en pecado. » Debéis inculcar en el espíritu de vuestros hijos palabras de salvacion cómo estas : De que nos serviria poseer el mundo, si perdemos nuestra alma? Todo acaba; la eternidad no acaba nunca. Perdámoslo todo, pero no perdámos á Dios. Una de estas maximas, bien impresa en el espíritu de los niños bastará, para que se mantenga toda la vida en estado de gracia. (S. Alph. Liguori, *Serm. 7.º* domin. despues de Pentecostes).

profundamente, y refirieron á su amo todo lo que acababa de pasar. Entonces su amo le hizo venir, y le dijo : servidor malvado, yo te habia perdonado toda la deuda, porque me habias suplicado; no debias tu, pues, tener compasion tambien de tu compañero, cómo yo me habia compadecido de tí? Al momento el amo indignado le entregó á los égeutores de la justicia, condenandole á permanecer entre sus manos hasta que hubiese pagado todo lo que le debía. Es así cómo mi Padre celestial os tratará, si cada uno de vosotros no perdona á su hermano del fondo del corazon.

bitum. Videntes autem conservi ejus que fiebant, contristati sunt valde : et venerunt, et narraverunt domino suo omnia que facta fuerant. Tunc vocavit illum dominus suus, et ait illi : Serve nequam, omne debitum dimisi tibi quoniam rogasti me : nonne ergo oportuit et te misereri conservi tui, sicut et ego tui miseratus sum? Et iratus dominus ejus tradidit eum tortoribus, quoadusque redderet universum debitum. Sic et Pater meus celestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris.

PRIMERA INSTRUCCION.

El servidor insolvente

I. Qué somos todos servidores insolventes respecto de Dios. — II Lo que preciso hacer en esta situacion.

Es en Cafarnaun, en el tercer año de su predicacion evangélica, que el Salvador propusó la parabola que la Yglesia nos hace leer en este dia día ^{1.º}. Nos limitaremos á estudiarla, en esta mañana, la

1. Parabola del servidor malevolo; motivos que nos obligan al perdón de las injurias : I. La infinita misericordia de Dios respecto á nosotros, que se manifiesta : 1.º en la inmensidad de nuestra deuda con la justicia divina : *Debat ei decem millia talenta*. La injuria hecha á Dios por el pecado es infinita, puesto que ella ataca á un sér infinito; ella exige una reparacion infinita... 2.º En la absoluta impotencia en que nos encontramos de pagarla. *Cum autem non haberet unde redderet*. Un sér finito